

# MUERTE Y RESURRECCIÓN CERCA DE MELGAR DE FERNAMENTAL

*Carlos Martínez Rivas (1924-1998)*

El Autobús comenzaba a remontar la cuesta.

Detrás de las ventanillas, fugaces remolinos de lluvia eran sucedidos por menudos copos de nieve que se desvanecían en el aire antes de caer, o por súbitas y esplendentes apariciones del sol. Entonces el mundo fulgía allí afuera, y había que limpiar con la mano los cristales empañados, y mirar.

Mirar la tierra inclinada, desfilando lenta; los parches de nieve, semejantes a manchas de espuma, esparcidos a la orilla de la carretera, y los árboles con sus ramas húmedas trasminando al sol. Todo como si una gran ola acabara de retirarse. Como en los matinales días del Génesis, cuando el mar acababa de retirarse de Castilla: los lechos de espuma deshaciéndose burbuja a



burbuja, y los peces saltando y muriendo sobre la extensa planicie seca... Desde entonces muchos veranos habían achicharrado todo eso; pero algo de la antigua escena resurgía, retornaba ahora.

A medida que el coche ascendía, los campos eran más blancos y mayor el espesor de la nieve, y los arbustos de la ladera aparecían casi ocultos bajo su algodonosa carga. O era un rebaño; surgido de ninguna parte, con su pastor envuelto en cuero y pana y la lana sucia de las ovejas contrastando con el blanco de la nieve purísima.

La cuesta se empinaba y la marcha se hacía más lenta. El motor jadeaba emitiendo un agudo ronquido que se afinaba a cada nuevo movimiento en los cambios. Por fin la Sierra apareció. Ante el coche que ganaba ya el arco de la cumbre, avanzaba, y sus grietas eran cada vez más visibles. El lomo blancuzco del viejo animal prehistórico se agrandaba en el cielo.

De nuevo, sobre las sierras de las traiciones, la Gracia se había hecho visible. Una vez más, como todos los años, en esa cumbre se había posado la Paloma.

Ruinosas aldeas inhabitadas pasaban con sus tejados blancos. Ruedas de carro yacían rotas entre grandes pilas de leña y montones de basura quedada. Pero todo con su honroso cono espolvoreado de nieve.

Sobre el desorden del mundo, sobre la sucia costa de la tierra había caído el destello de la pureza. Sobre esas ramas secas y negras, sobre todos aquellos desperdicios del universo, el Pájaro había sacudido las alas.

Descendiendo la Sierra, los campos iban limpiándose de nieve, de la que ya no se veía sino algunas escasas manchas, solas, desamparadas; posadas con un extraño y repulsivo aspecto animal sobre las rocas.

Arriba, el sol abría y cerraba sus rayos. Pálidas franjas de luz se desprendían de un extremo del horizonte y avanzaban encendiendo la tierra; hasta que otra línea oscura tornaba a ensombrecerla. Desde el otro lado de las colinas, nuevas ráfagas soplaban y diminutas gotas heladas volvían a golpear los cristales. Por una rehendija de la ventanilla silbaba un soplo de viento que llegaba desde la nieve como un mensaje; como una llamada certera y acuciante.

El calculó: Dentro de unas horas estarían en Aranda del Duero, y por la tarde, después de medio día, llegarían a Burgos. Allí estaría igual que siempre la vieja ciudad castellana: el río con su sucio color rojizo, crecido ahora por las lluvias, corriendo bajo los puentes, y el crucero y las dos torres de la catedral gótica bogando en el plateado cielo invernal.

Al atardecer continuarían hacia adentro. Al pueblecito perdido en las profundidades de Castilla, cerca de Melgar de Fernamental, donde atravesarían los días de la Semana Santa como debajo de un túnel.

Allí el Señor sería entregado por su amigo y presentado luego a un pueblo vociferante que lo haría crucificar; después de muerto sería sepultado y a los tres días resucitaría. Por eso todos estos días serían oscuros, ventosos y tristes; porque Él estaría en la tumba. Pero el sábado el sol brillaría calentando la tierra, el aire sería suave y la primera violeta chispearía entre la hierba. Pues Él había dicho: “Cuando yo me levante todo lo atraeré hacia MÍ”.

Pobres caseríos pasaban ahora con rapidez, como escamoteados, delante del coche. Grupos de casas carcomidas, color pan duro, con sus mujeres vestidas de negro sentadas en los umbrales y las gallinas asustadas atravesándose bajo las ruedas.

—De este nuevo viaje— se dijo— mucho podría lograrse. —Muchas y grandes cosas. Como también podía fallar. Con los hombres hasta la Gracia podía fallar. Entre los ángeles gozaban precisamente de esa fama: la de disponer de una rara habilidad para hacer fallar a la Gracia.

De esta nueva etapa podía, elegirse lo fuerte, lo simple, lo verdadero; como también podía elegirse el diletantismo y el ensueño. Incluso era forzoso confesarse que esto era lo más probable.

Pero la Sierra del Guadarrama se alzaba allá lejos, con su cima de nieve relumbrando al sol que ahora había vuelto a salir. Esto también era un hecho. Sobre esa cima se había detenido la Paloma. Y no había venido a reposar.

CARLOS MARTÍNEZ RIVAS.